

## La verdadera religión

Mientras que las librerías rebosan de libros de autoayuda, filosofías orientales y novelas históricas, el hombre occidental se mueve entre una religiosidad dogmática heredera del oscurantismo medieval y un ateísmo rencoroso igual de inamovible y estéril. En muchos casos las confesiones religiosas fomentan la muerte exterior e interior del ser humano.

Ni lo uno ni lo otro ayuda al hombre a alcanzar la felicidad.

¿Qué necesitamos realmente?

Los seres humanos necesitamos la vivencia de lo trascendente para nuestra felicidad. Eso nos llena la vida de contenido, de tesoros. El anhelo de ser felices y de llenar la propia vida con un sentido, es inherente a todo hombre ¿Qué papel juegan en ello las confesiones religiosas? ¿Qué significa la verdadera religión?

La palabra religión proviene del latín “religare”, que significa “atar fuertemente”, “unir”, “reunir”. El sentido de la religión es el de unir al ser humano con Dios.

Los seres humanos somos seres esencialmente religiosos. Estamos hechos a imagen y semejanza de Dios. Esto forma parte de nuestra esencia.

Una confesión religiosa no es una religión. Una confesión religiosa es un sistema de creencias, cultos y ritos que mantienen un grupo de personas como forma de vivir la religión. La tarea de las confesiones religiosas es la conducir al hombre a la relación íntima con Dios.

El conjunto de dogmas y ritos que constituyen una confesión pueden ser un gran valor para la cultura de un pueblo siempre que cumpla con su tarea. Vivir un rito puede ser una experiencia profundamente reveladora. Un templo grandioso, una música hermosa, unas palabras bonitas contribuyen en gran medida al refinamiento espiritual. Sin embargo, si ese rito no cumple con el cometido de acercar al hombre a Dios, se convierte en una fachada vacía, un decorado teatral espectacular y hueco.

Actualmente ni siquiera se cuidan los ritos para que tengan un valor especial, al menos en la confesión más cercana a nosotros, la confesión católica. La música y el arte religioso, la retórica y la oratoria, viven una triste decadencia que hace difícil que el asistente a una misa o una boda, por ejemplo, capte la trascendencia de lo que está viviendo.

Las confesiones religiosas deberían estar guiadas por los hombres más avanzados en el camino de la mística. Hombres y mujeres que hayan desarrollado una relación íntima con Dios, experimentados en los secretos de la vida, del amor y de la sexualidad. Sabios que inicien y ayuden a los demás a crear y mantener una relación correcta con Dios y con el Más Allá.

Podemos contemplar como las confesiones religiosas habitualmente no cumplen con ese cometido, al menos en alguna parte. En muchas de ellas hay aspectos correctos, pero están mezclados con otros falsos. El resultado es que no se ayuda a los hombres a estar más cerca de lo divino. En muchos casos se les aleja de ello, cuando no se va en contra totalmente. Hay confesiones que enseñan una manera equívoca de entender el

Bien y el Mal; otras provocan guerras con el objetivo de imponer sus dogmas sobre las demás; otras rechazan la sexualidad o la desnudez como algo divino. Hay otros muchos ejemplos de cómo las confesiones religiosas alejan a los hombres de Dios. Los hombres y mujeres que dirigen las confesiones deben ver la responsabilidad que supone el entorpecer el camino de la mística a las demás personas. Mucho más grave es hacer esto en nombre de Dios.

El fin de una confesión religiosa no es el de captar adeptos. Su tarea es la de conducir al hombre a la verdadera religión, a la unión íntima y personal con Dios.

La crisis espiritual que vivimos se muestra en diferentes aspectos de nuestras vidas. La desorientación en la educación, los fracasos en las parejas, la política y la economía devastadoras, la Naturaleza ensuciada...Esto no es catastrofismo. Es un hecho cotidiano.

Es imprescindible para nuestra felicidad y para la solución de estos problemas que los seres humanos vivamos la verdadera religión, sea a través de una confesión religiosa correcta, o sin ella. Debemos darnos cuenta de una vez por todas, de que tanto si nos alejamos de lo divino en nuestras vidas como si adquirimos las enseñanzas de una confesión perversa, sólo puede tener consecuencias graves para el propio individuo y para el orden en el mundo.

Es necesario aclarar sistemáticamente lo que es correcto y lo que no de las confesiones religiosas. Lo que haya de perverso en ellas debe ser radicalmente extirpado y sustituido por lo verdadero.

© Alberto Parejo, 2006